



Etnias en evolución social: las vicisitudes de un antropólogo en Centroamérica*

GILBERTO LÓPEZ Y RIVAS**

Etnias en evolución social va más allá de una compilación de trabajos antropológicos sobre un tema. En realidad, constituye una suerte de introspección de un connotado antropólogo estadounidense, Richard N. Adams, en torno a sus investigaciones, sus perspectivas teóricas y su compromiso personal sobre el estudio de las etnias y la etnicidad en Centroamérica, particularmente en Guatemala, desde los años cincuenta hasta la fecha. La literatura antropológica ha dado cuenta de otras preocupaciones teóricas de este autor en torno al poder y el desarrollo, la antropología aplicada, los procesos de energía y otros temas de la evolución social, por lo que es un acierto que el Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana editara este conjunto de trabajos dedicados a los problemas étnicos.

Habiendo sido trabajado como un todo, en un proceso de revisión y actualización, el libro incorpora trabajos anteriormente publicados junto a otros capítulos nuevos que

destacan las posiciones teóricas del autor, por lo que la obra mantiene coherencia interna y logra una unidad temática que, sin duda, aporta a la actual discusión sobre la cuestión étnico nacional.

El libro se divide en tres secciones: en la primera se plantean los avatares de Adams como investigador en Guatemala, y lo que él llama un “recorrido personal” por la cuestión indígena, junto con dos capítulos en los que se exponen sus planteamientos sobre evolución social, etnicidad y sus características básicas. En la segunda sección se presentan seis capítulos en los que se exploran algunas hipótesis históricas para la interpretación de las relaciones interétnicas en Centroamérica, como los antecedentes de conquista que dan continuidad cultural y social a esas relaciones, así como el surgimiento y la supervivencia de factores étnicos en la región; dos estudios de caso, uno en Nicaragua y otro en Argentina, en los que se aplican conceptos tales como “vehículos de supervivencia”¹ y “estructuras

coaxiales”² para explicar la dinámica de la diversidad social, y la relación entre etnicidad y mayor o menor complejidad de organización, respectivamente: así como dos sugerentes capítulos de alcances más amplios que tocan los temas de los pueblos indios en la globalidad, la evolución social y el surgimiento étnico. La tercera sección está dedicada a desarrollar diversas facetas, históricas y actuales, del problema indígena en Guatemala.

Ante la imposibilidad de comentar sobre un contenido tan variado como denso, compartiré con ustedes algunas reflexiones provocadas por la lectura del libro en aquellos puntos que más llamaron mi atención y que presento, intencionalmente, en su forma más elemental y no precisamente ordenada.

Es muy sano que Adams ventile en la Introducción de la obra un problema del que tuve conocimiento durante mis visitas a la Universidad de San Carlos, Guatemala, y que ciertamente ocasiona todavía encendidas y variadas reacciones. Habiendo acabado la guerra fría y las polarizaciones ideológicas que en buena parte se originaban de la misma, y entrando la propia Guatemala dentro de un proceso de diálogo y negociación que eventualmente pondría fin a una permanente violencia gubernamental de más de 40 años y a un conflicto social de insoslayables profundidades, es importante que en la academia, y particularmente en el gremio de los antropólogos, se discuta sobre una historia de desencuentros y conflictos entre investigadores norteamericanos y latinoamericanos que, con distintas modalidades, se dio en algunos de nuestros países.

Recordemos la polémica surgida en los años sesenta a partir de las denuncias de los planes “Camellot”

* Richard N. Adams. *Etnias en Evolución Social. Estudios de Guatemala y Centroamérica*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Iztapalapa, 1995.

** Investigador de la Dirección de Etnología y Antropología Social del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

y “Simpático” (ver Gjessing, 1969 y Roszak, 1967), que por cierto tuvieron una versión mexicana,³ y las discusiones derivadas de la participación de antropólogos en los esfuerzos bélicos de Estados Unidos en el sudeste asiático y en las intervenciones de este gobierno en muchos de los golpes de Estado y las represiones de gobiernos militares en América Latina.

De los excesos y las sospechas de esos años, surgieron acusaciones y reproches que en muchos casos probaron ser infundados o basados en un encadenamiento de hechos fortuitos o equívocos que aparecían como “pruebas” de tribunales que condenaban al ostracismo a colegas no sólo extranjeros, sino también a quienes localmente apoyaban proyectos considerados “violatorios” del socorrido compromiso social del antropólogo. Adams presenta sus argumentos, en su “recorrido personal” introductorio, en torno a lo que parece ser una campaña en su contra en Guatemala y se confronta con sus críticos, aceptando algunos errores y limitaciones de apreciación en cuanto a sus planteamientos sobre el proceso de ladinización cultural de los indígenas guatemaltecos y sus predicciones, en los años cincuenta, sobre las tendencias del porcentaje de población indígena a nivel nacional, pero rechazando que él y sus colegas hubiesen favorecido el etnocidio a la manera de los *indigenistas* de Guatemala y que hubieran trabajado para la división de inteligencia e investigación del Departamento de Estado de su país.

Resulta por demás provechoso hacer las aclaraciones pertinentes, aunque no convengan a detractores pertinaces. Sin embargo, hubiera sido conveniente reconocer en esa autocrítica un contexto inocultable en el origen de esos

señalamientos y conjeturas: el sangriento golpe de Estado de 1954, concebido, financiado y dirigido por el gobierno de Estados Unidos y los recelos naturales sobre toda investigación social o seminario apoyado por la embajada norteamericana, el Departamento de Estado de ese gobierno y por el jefe de una asonada militar que sumió a Guatemala en la oscura noche que todos conocemos.

Independientemente de lo que realmente llevó a la práctica durante su existencia el “Seminario de Integración Social Guatemalteca”, elección de nombre que el propio Adams reconoce como desafortunada, éste se establece con el apoyo económico de Castillo Armas y a partir de las ideas asimilacionistas e integracionistas que permeaban a una época y a un grupo político en el poder que puso en marcha un proyecto contrarrevolucionario, que sin duda significó un alto costo para todos los pueblos de Guatemala, incluyendo a numerosos miembros de la intelectualidad “ladina” que pagaron con su vida o con el destierro su compromiso revolucionario. Los propios antropólogos guatemaltecos han sufrido en carne propia esa violencia hasta nuestros días, y yo mismo he constatado el ambiente de terror que se cierne sobre los académicos de las universidades de ese país, particularmente de la Universidad de San Carlos. No pretendo justificar ningún tipo de linchamiento moral o político ni me hago eco del maniqueísmo que encierra lo que Adams describe, con razón, como “un simplista y marcado antinorteamericanismo” o antiimperialismo. Simplemente trato de entender la racionalidad y los orígenes probables de una situación específica con el propósito de asumirla y comprenderla a cabalidad. Cabe señalar que las relaciones entre latinoamericanos y esta-

dounidenses no han sido fáciles, aun entre quienes, como los antropólogos, se supone están conscientes de los significados del etnocentrismo y las generalizaciones irresponsables sobre grupos nacionales.

Los planteamientos teóricos de Adams en torno a la etnicidad se fundamentan en una perspectiva evolucionista que observa este proceso como parte de la evolución social, no cultural, identificando a los grupos étnicos y a la etnicidad como la manera en que la gente se organiza socialmente en términos de su ascendencia, de las relaciones con los antepasados y que —en términos de Adams— “ratifica una continuidad de formas culturales seleccionadas, que significan o simbolizan la continuidad biológica y cultural con el pasado” (Adams, 1995: p. 38). El autor pone énfasis en la autoimagen o identidad particular a partir de la cual las etnias se definen o son definidas por otros, en lo cual coincide con Frederick Barth (1969) en cuanto a la importancia de la autoadscripción y la adscripción externa en los procesos étnicos. En esta dirección me parece útil la distinción que hace el autor entre clase y etnicidad en el sentido de ver “a la primera como un agregado basado en la *reproducción del control sobre los medios de producción* y a la segunda como apoyada en la *reproducción de la identidad social*.” (Adams, 1995: 64, cursivas en el original).

Hay una idea en el libro que se repite en varios capítulos, pero particularmente en los referidos a la etnicidad en la globalización de los procesos sociales, y que tiene que ver con lo que Adams diagnostica como “el fracaso histórico del Estado nación como organización social humana”. Esta perspectiva coincide con algunos autores que, como Eric Hobsbawm (1990), apuntan la obsolescencia del Estado nación contemporáneo. Independien-

dientemente de estar de acuerdo con las críticas que el autor hace a esa forma de organización de la sociedad moderna, considero que su análisis se enriquecería más si paralelamente se señalaran con mayor rigor los posibles cambios en la composición interna del Estado nación dirigidos hacia el pluralismo étnico y la democracia participativa que en sus formas sociopolíticas puede alcanzar en el futuro.

En esa visión de los Estados nación actuales, el autor identifica como una de sus características la incapacidad para satisfacer los reclamos y las crecientes necesidades de los pueblos en general y particularmente de los pueblos indios. Asimismo, estoy de acuerdo en que —como afirma Adams— los Estados nación “no indios han creado y definido las condiciones más importantes para la sobrevivencia india al mismo tiempo que esas relaciones son las causantes de los mayores problemas para la sobrevivencia india” (Adams, 1995: 223). Sin embargo, no entra en el análisis de la obra con suficiente énfasis la discusión que algunos de nosotros hemos iniciado en torno a los proyectos nacionales contrahegemónicos, que a escala mundial trabajan en sentido contrario a las tendencias globalizadoras excluyentes y que pretenden cambiar la naturaleza misma del Estado nación actual. En otro trabajo me he referido al papel de los *pueblos nación* en la construcción misma de la sociedad nacional y en la posibilidad de darle un giro distinto al rumbo socioeconómico y político impuesto por las élites neoliberales (López y Rivas, 1995).

En los materiales históricos referidos a El Salvador y Guatemala se concibe una tesis por demás controvertida: considerar que en las luchas revolucionarias que se han dado en esos países, los in-

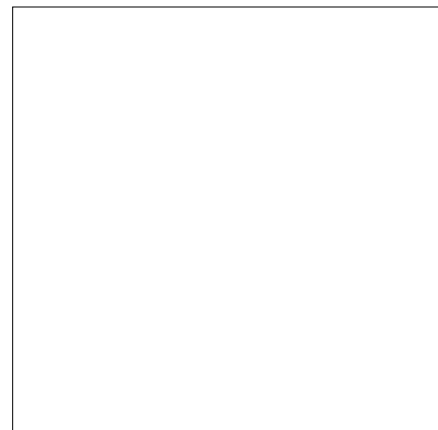
dígenas han sido las víctimas de dos tipos de extremismo: por un lado la represión militar y gubernamental y, por el otro, la presión y la violencia de los revolucionarios. Incluso se afirma que en el primer país, los trabajadores socialistas abandonaron a su suerte a la población indígena en la rebelión de 1932, lo cual no parece ser confirmado por los hechos históricos y por el propio testimonio del “fusilado” Miguel Mármol, que señalan que los dirigentes no indios —como Farabundo Martí— fueron igualmente asesinados. Es verdad que en el esquema del marxismo sectario de la época, los indígenas no eran reconocidos en su carácter de *pueblos* sino sólo en su condición de *clase*. Sin embargo, la represión atroz de la revolución de 1932 no respetó diferencias étnicas o raciales, imperando la persecución y la muerte para quienes participaron en ese movimiento. Similares interpretaciones se hacen sobre la revolución guatemalteca. En suma, notamos que un tipo de etnicismo es manejado por el autor al contraponer a los indios con los ladinos como un todo y al dejar la duda sistemáticamente a lo largo del texto acerca de las posibilidades de éxito en cuanto a emprender una lucha conjunta por una sociedad pluralista y democrática. La tradición de Conquista, que ofrece explicaciones plausibles para interpretar las diferencias étnicas de regiones como la Costa Caribe de Nicaragua, parecería una carga innata de todo ladino.⁴

Tal vez las divergencias son más profundas. Tienen su matriz en la propia concepción del autor en torno a la naturaleza de las etnias y de las naciones Estado. Para la corriente que se ha identificado con el término de etnomarxismo,⁵ la naturaleza de las etnias actuales es más un producto de las múltiples rupturas

ocasionadas por los procesos “nacionalitarios” que el resultado de una continuidad histórica. Así, muchas de las características étnicas son en realidad condicionadas por los procesos de conformación de la nación moderna y de la formación histórica de los pueblos nación. En este punto tenemos una coincidencia con Adams en el sentido de que por el tipo de identidad de las etnias con base en los ancestros, éstas pueden en todo momento cambiar y “aceptar nuevos rasgos con ventajas adaptativas reales” (Adams, 1995: 66) y, sin embargo, retener la base social de su identidad diferenciada.⁶ El desacuerdo radica en que, según Adams, los grupos étnicos sirven de base a la formación de muchas naciones Estado, cuando en realidad es a la inversa.⁷

Una consecuencia de lo anterior es que los proyectos políticos de los pueblos indios están relacionados íntimamente con los proyectos de los demás sectores de esos pueblos nación, lo cual es la base de las alianzas necesarias en el interior del movimiento popular y uno de los argumentos esenciales en contra de las corrientes etnicistas en el interior de las organizaciones de los pueblos indios.

Asimismo, hemos estado insistiendo en la necesidad de identificar las diferencias cualitativas entre las identidades étnicas y



aquellas propiamente nacionales, esto es, el requerimiento metodológico de distinguir entre etnias y grupos nacionales o nacionalidades; hemos enfatizado la dinámica nacionalizadora de las entidades étnicas que provocan procesos como el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, que estando conformado mayoritariamente por miembros de pueblos indios, retoman, sin embargo, junto a sus demandas propiamente étnicas, un proyecto nacional popular democratizante y pluralista. El caso de los mayas zapatistas demuestra que no sólo los grupos de identidades étnicas “otorgan a los que los integran respeto propio y orgullo en un mundo que les niega bienes y servicios” (Adams, 1995: 215). También, la conciencia de múltiples identidades, nacionales y de clase, junto con las étnicas, pueden actuar como “vehículos de supervivencia” en ese mundo cambiante.

Sería prolongar innecesariamente esta reseña si continuara comentando numerosas ideas, propuestas e interpretaciones que hacen de *Etnias en Evolución Social* una lectura obligada no de sólo de los dedicados a la cuestión étnico nacional sino también de todos aquellos que se interesan por los procesos de transformación social de nuestras naciones.

Notas

- ¹ “Aunque todas las organizaciones sociales sirven a intereses individuales, debemos distinguir entre las que sirven a los intereses de los miembros, que llamaré vehículos de supervivencia, de las que se usan para atender a los intereses de otros, por lo general los de una organización” (Adams, 1995: 159).
- ² “Todos los mamíferos y primates tienen asociaciones que podemos llamar vehículos de supervivencia primarios, que son necesarios para la perpetuación de la población. En el caso de los seres humanos, son: 1) la unidad doméstica (que no debe confundirse con la familia); 2) una asociación de unidades domésticas, que podemos llamar la ‘comunidad’; y 3) una asociación de comunidades a la que llamaremos la ‘intercomunidad’. Este conjunto constituye el elemento básico al cual llamaré: estructura coaxial primaria” (Adams, 1995: 159).
- ³ Recuerdo que circuló un cuestionario entre estudiantes universitarios en el que se preguntaba sobre opciones políticas con el propósito de descubrir cómo se originaban las causas de una revolución social, la cual, como un “accidente aéreo”, podía ser reconstruido con una especie de “caja negra” de los procesos sociales anteriores al “accidente”...
- ⁴ Por ejemplo, Adams afirma “Cuando las cosas se complican, la eliminación física es la única respuesta que conocen los ladinos” (1995: 95). O en otra parte: “el único método que conocen los ladinos es o una posición indigenista proteccionista del siglo diecinueve o la carnicería.” (1995: 219).

- ⁵ Por cierto que Adams en la Introducción y en varias partes del texto se deslinda de las posiciones marxistas, aduciendo que “el trabajo de Marx estaba demasiado alejado del suelo firme de la Centroamérica actual y era demasiado apocalíptico” (1995: 27) y criticando, con razón, la debacle política que resultó de los socialismos reales. Sin embargo, sería recomendable un análisis de su parte de las actuales posiciones de quienes nos seguimos considerando marxistas.
- ⁶ “Los rasgos culturales de adaptación e innovación son parte del juego de mantener la identidad viable y unida en un mundo cambiante.” (Adams, 1995: 215).
- ⁷ Ver capítulos 1 y 2 de Gilberto López y Rivas (1995).

Bibliografía

- BARTH, FEDERICK
1969 *Ethnic Groups and Boundaries*, Boston, Little, Brown and Company.
- GJESSING, GUTORM
1969 “La responsabilidad social del científico social”, en *América Indígena*, vol. XXIX, núm. 3.
- HOBBSBAWN, ERIC
1990 *Nation and Nationalism since 1780*, Londres, Canto Edition.
- LÓPEZ Y RIVAS, GILBERTO
1995 *Nación y pueblos indios en el neoliberalismo*, México, Universidad Iberoamericana-Plaza y Valdés (Segunda edición en noviembre de 1996, corregida y aumentada).
- ROSZAK, THEODORE
1967 *The Disenting Academy*, Nueva York, Pantheon Books.